

Evolución de la Iglesia salvadoreña

24 de marzo 80/28 de marzo 82

Iván D. Paredes

RESUMEN

En este artículo queremos describir y analizar la evolución de la Iglesia salvadoreña durante el período del 15 de octubre a las elecciones de marzo de 1982. Como punto de arranque de la evolución sin embargo más importante que el 15 de octubre es el 24 de marzo de 1980, fecha del asesinato de Mons. Romero. Este asesinato ha sido para la Iglesia el acontecimiento más importante y el que marca el punto de inflexión en la evolución. (Paredes, 1979 ; Sobrino, 1979).

El análisis de esta evolución es complejo y debe ser cuidadosamente matizado. Es complejo porque se debe tener en cuenta tanto la realidad interna de la Iglesia como su relación con la sociedad salvadoreña; al analizar la misma Iglesia hay que recordar sus diversas dimensiones: institución y comunidad de vida y misión, jerarquía y pueblo. El análisis debe ser matizado porque la evolución y su significado, positivo o negativo, se da diversamente a los diferentes niveles de la Iglesia; no se puede hablar, por lo tanto, de una evolución uniforme de la totalidad de la Iglesia.

En este artículo nos concentramos en la evolución que se ha operado en la Iglesia con relación al proceso socio-político del país, aunque para ello haya que tener en cuenta también su evolución interna; se trata de analizar cómo la Iglesia ha influido en ese proceso y cómo éste ha influido en la Iglesia.

Por último entendemos por Iglesia en este artículo lo que la gente entiende por Iglesia, es decir, la globalidad de realizaciones, tomas de postura y expresiones simbólicas que generan una determinada imagen de Iglesia ante el pueblo. Aunque ésta no sea una descripción exacta ni una definición técnica de la Iglesia, es la más apta para analizar su evolución; pues es en definitiva la que capta la gente cuando habla de "la Iglesia de Mons. Romero" y de "la Iglesia" en la actualidad. Esta "Iglesia", la que genera imagen de lo que es la Iglesia, es sustancialmente la de la Arquidiócesis, aunque se mencione también ocasionalmente la Iglesia representada por toda la Conferencia Episcopal (CEDES).

Queremos exponer a continuación en breves proposiciones la evolución, práctica y teórica, de la Iglesia y sus causas, sus logros y algunos de sus problemas actuales fundamentales.

1. En su conjunto la Iglesia mantiene doctrinalmente y en varias de sus realizaciones la opción por los pobres. Pero se está operando un progresivo desplazamiento hacia posturas menos comprometidas con los pobres, lo cual se hace notar en la toma de postura hacia el proceso socio-político y en la defensa de los pobres. De esta forma va disminuyendo su influjo social específicamente eclesial.

La CEDES en su conjunto mantiene un distanciamiento del pueblo y sus intereses y una identificación, en mayor o menor grado, con el *status quo* político y militar (Sobrino, 1978; H.O.; 1980a, 1981b; Ellacuría 1981c; Campos, 1982; J.D. 1982a, 1982b). A este nivel la situación de la Iglesia ha empeorado con el desaparecimiento de Mons. Romero, lo cual deja en clara desventaja a Mons. Rivera dentro de la CEDES. El Vaticano no ha logrado hasta el momento completar numéricamente y mejorar cualitativamente la CEDES en la línea de Mons. Romero.

Por lo que toca a la Arquidiócesis se ha dado un paulatino cambio con respecto a Mons. Romero, aunque se pretenda mantener su línea doctrinalmente y en varias realizaciones (Sobrino, 1981a; 1981b, 1981c; J.S., 1979, 1980, 1981(a), 1981(b), 1981(c); F.A.T., 1980; J.D. 1981; Ellacuría, 1981c; Campos, 1982; la fidelidad y las tentaciones de la Arquidiócesis, 1980; Presencia actual de Mons. Romero, 1982).

Mons. Rivera, aunque no se identifique con el actual proyecto político y lo critique con frecuencia, no es tan agudamente crítico de él y de sus responsables: Gobierno, Fuerza Armada, grupos oligárquicos, EE.UU; y aunque reclame los derechos del movimiento popular y repita que sin la izquierda no hay solución para el país, tampoco recoge con el entusiasmo de Mons. Romero la esperanza del movimiento popular, por mucho que éste haya de ser purificado y criticado. Dentro de esos límites denuncia los abusos de ambos bandos, exige la humanización del conflicto, propone el diálogo y la negociación como salida al caos actual y exige reformas estructurales para lograr una solución verdadera y estable al conflicto.

Estas posiciones, en sí mismas sensatas y modernas, son objetivamente una voz fuertemente discordante en el país, pues con ellas se afirman dos puntos que son tabú en la vida pública: los abusos, atropellos y crímenes de las fuerzas gubernamentales y el reconocimiento,

implícito al menos, de la izquierda como fuerza política legítima. Pero por otra parte tampoco suponen una amenaza fuerte al *status quo*, como lo fueron las posturas de Mons. Romero.

Detrás de esta postura existe una opción por los pobres, al menos en cuanto desafía la versión que dan los poderosos del proceso y su interpretación. Pero no aparece tan claramente como opción desde los pobres. Por múltiples causas (persecución, disminución de sacerdotes cercanos al pueblo, polarización de la guerra etc.) La Iglesia aparece hoy en su globalidad más alejada que antes de los pobres reales, de sus sufrimientos y esperanzas reales. Existen ciertamente obras apoyadas institucionalmente en favor de los pobres al nivel asistencial, pastoral, jurídico y de derechos humanos; existe sobre todo el heroico trabajo de muchos cristianos y comunidades, de lo cual hablaremos más adelante. Pero en su conjunto los pobres no sienten hoy cercana a "la Iglesia" como la sentían con Mons. Romero; no sienten que su pobreza y su sufrimiento sean el claro lugar de encarnación de la Iglesia ni que la Iglesia esté dispuesta a arriesgar seriamente por su defensa.

El doble cambio descrito está también cambiando el influjo e impacto social de la Iglesia. En el extranjero la Iglesia salvadoreña sigue despertando con razón admiración y solidaridad, pues ven todavía mucha realidad de la Iglesia de Mons. Romero en la actualidad, y en comparación con su propia vida eclesial la actual Iglesia salvadoreña, aunque disminuída, sigue siendo un ejemplo y un estímulo. Los poderosos, gobernantes, políticos y diplomáticos, siguen teniendo en cuenta las declaraciones de la Iglesia, pero para manipularlas a su favor —claramente las declaraciones de la CEDES—, o para seleccionar las de Mons. Rivera, según les convenga o no. En este último caso las ignoran simplemente y no encuentran en esas posturas el desafío que suponían las denuncias de Mons. Romero y no desencadenan por ello la virulenta reacción de antes.

El cambio en el influjo social se encuentra sobre todo entre el pueblo. La palabra de la Iglesia no se introduce ya como antes en la conciencia colectiva ni es considerada como obligado punto de referencia para el conocimiento e interpretación de lo que sucede en el país. Esto ha ocurrido por diversas causas. Los medios de comunicación de la Iglesia o han estado silenciados o adoptan ahora una postura que no

corresponde a las expectativas populares y cristianas. La palabra de la Iglesia no es suficientemente orientadora del proceso ni para los salvadoreños en general ni para los cristianos en particular; desde 1979 —a pesar de los profundos cambios en el país y en la Iglesia— no se ha escrito una Carta Pastoral que aborde con creatividad los nuevos problemas. El paulatino distanciamiento de la Iglesia con respecto a los pobres reales priva a su palabra de la credibilidad necesaria para que pueda ser escuchada, tenida en cuenta y buscada como palabra orientadora.

En conjunto, pues, "La Iglesia" ha cambiado; así lo percibe el pueblo sencillo y los poderosos. Este cambio no es en la Arquidiócesis pretendidamente en contra de la Iglesia de Mons. Romero; más aún, varias cosas se hacen en ella con inmensa heroicidad y fidelidad a Mons. Romero. Pero cambios paulatinos y parciales sobre todo en el acercamiento al pueblo pobre van generando una nueva imagen de la Iglesia. Los pobres no parecen ser ya hoy de forma decidida el lugar de encarnación de la Iglesia, el lugar de concretar y potenciar el Evangelio, de juzgar a la sociedad salvadoreña y operar sobre ella, y de sufrir las consecuencias de esa sociedad. La gente se pregunta sencillamente qué ha pasado y por qué ha pasado. Esto es lo que intentaremos analizar en las siguientes proposiciones, dejando para más adelante lo que hay de realidad evangélica y fiel a Mons. Romero detrás de esa nueva imagen.

2. Junto a otras causas históricas, que se analizarán más adelante, el cambio de la Iglesia se explica por el cambio eficaz en principios teológicos básicos sobre la relación de la Iglesia con el mundo de los pobres, que opera sobre la autocomprensión, misión y medios de actuación de la Iglesia. En lo fundamental, los pobres no son tenidos en cuenta con la radicalidad que les compete evangélica e históricamente.

La Iglesia es para el Reino de Dios, es decir, para la construcción de una sociedad y un hombre más humano en que se haga más presente Dios y su voluntad salvífica; y el Reino de Dios es privilegiadamente para los pobres. Desde ahí la Iglesia cobra su identidad cristiana y ejerce su específico influjo social; desde ahí también la Iglesia puede cumplir su misión universal salvífica para todos, al nivel histórico y trascendente.

Este sencillo principio eclesiológico es el que mantuvo con radicalidad, en hechos y en palabras, Mons. Romero. Este principio —amenazado siempre desde fuera por los poderosos y amenazado siempre desde dentro por la pecaminosidad de la Iglesia— es el que ahora se está matizando y cualificando, y con ello perdiendo su fuerza histórica. Veamos algunas de sus manifestaciones.



1) La visión de Mons. Romero sobre la realidad salvadoreña fue a la vez estrictamente teológica e histórica porque la juzgó desde el Reino de Dios. Eso significó que la primera e insacudible palabra de la Iglesia fue un radical 'no' al mundo de la miseria, la opresión y la muerte de las mayorías, que es el pecado fundamental y la negación fundamental del Reino de Dios. Significó correlativamente un radical 'sí' a la justicia como forma de re-crear la vida a los niveles más fundamentales, que es la exigencia primaria del Reino de Dios. Por ser éste un juicio teológico fue un juicio radical, de modo que nada, absolutamente nada, podría hacerlo ignorar o relativizarlo.

En la actualidad ese juicio teológico va acompañado de un juicio ideológico, que si no hace desaparecer a aquél le quita radicalidad. La ultimidad del 'no' a la miseria y la opresión va acompañada —y a veces se ve superada— por un 'no' a lo que se piensa ser el mayor de los males posibles; en concreto, el triunfo de una izquierda marxista. No es éste el momento de analizar al marxismo en sí mismo ni las posibilidades históricas de su triunfo. Se trata de llamar la atención a la suavización del 'no' de Dios a la intolerable situación actual en virtud de otros posibles males mayores. De esta forma, sutil pero eficazmente, la realidad de los pobres en toda su descarnada crudeza actual deja de ser el principio histórico de inspiración para la Iglesia y éste se desplaza a un principio ideológico. Con ello se suaviza la denuncia contra los poderosos y el compromiso en favor de los pobres, porque ambas cosas podrían suponer un excesivo apoyo a la izquierda. Lo que ocurre entonces es que no es ya la realidad de los pobres la mediación del apelo primario de Dios, sino un principio ideológico.

2) La anterior visión de la Iglesia hacia el mundo por ser teológica llevaba a anteponer los intereses de los pobres y oprimidos a los de la propia Iglesia; los intereses del Reino de Dios a los de la Iglesia, su servidora. En la actualidad se percibe que, sin dejar de abogar por los pobres, cobra mayor fuerza el interés por la propia Iglesia. Eso ocurre ciertamente en la CEDES y en las orientaciones que llegan del Vaticano; pero también se nota en la Arquidiócesis. Se puede invocar para ello que la supervivencia de la Iglesia, su reconocimiento oficial y libertad de acción —que además serían puestas en peligro por un triunfo de la izquierda— mejor aseguran para el futuro la acción benéfica de la Iglesia hacia el pueblo, y que por ello se estaría trabajando en último tér-

mino por el Reino de Dios. Pero las consecuencias son serias. Se pierde libertad y claridad en la denuncia y en todo aquello que supusiese un ataque demasiado frontal con el poder establecido, y se buscan mejores relaciones políticas y diplomáticas con ese poder.

Esta nueva actitud puede conseguir algunos beneficios inmediatos para el pueblo, pero éste nota el creciente auto-centrismo de la Iglesia, actitudes más pragmáticas que evangélicas. El pueblo siente que lo que antes era la gloria de la Iglesia: el mismo pueblo en la que aquélla se encarnaba, se ha convertido en pesada carga. Aunque la Iglesia siga mirando por los pobres, aparece cada vez más mirando por sí misma.

3) En tiempo de Mons. Romero la Iglesia se declaró públicamente parcial hacia los pobres y oprimidos del país y vio en esto además una condición necesaria para mantener su identidad. Esto no la hizo partidista ni adolorada de los pobres, como lo muestran las críticas de Mons. Romero hacia los yerros y pecados del pueblo.

En la actualidad ha aumentado la tendencia a manifestar la absoluta independencia de la Iglesia. Con ello se quiere recalcar el no partidismo político y la exigencia a que ningún grupo manipule a la Iglesia, cosas ambas buenas en sí mismas. Pero la necesaria independencia no garantiza sin más la identidad de la Iglesia si no va unida a una encarnación parcial entre los pobres, lo cual lleva necesariamente a estar más cerca de unos que de otros, más cerca de los que sufren la represión y luchan por su liberación, que de opresores y represores. La insistencia actual en la necesaria independencia está llevando a una merma en la encarnación parcial, aunque la intención fuese correcta.

Por lo que toca a la manipulación hay que estar claros de que el peligro es inevitable y por lo tanto hay que tomar medidas contra ella; pero hay que preguntarse de qué lado proviene el mayor peligro de manipulación, ya que es inevitable un mínimo de ella. La manipulación será mayor, por una parte, cuando provenga de grupos más opuestos a la finalidad de la Iglesia de trabajar por el Reino de Dios; y será menor, aunque pueda ser real, cuando provenga de grupos que más propician la justicia. Por otra parte en la actualidad concreta de El Salvador el dejar de actuar y de actuar con vigor por miedo de ser manipulada conduce objetivamente a una mayor manipulación por parte de los poderosos, expertos en esos menesteres y que cuentan con los medios

de comunicación para dar la imagen de Iglesia que deseen.

Mons. Romero fue bien consciente de esos peligros. No tuvo problemas con la manipulación de la derecha, pues ésta pronto dejó de intentarlo. Denunció con vigor la manipulación de la izquierda, sobre todo cuando atacaban a la religiosidad popular o exigían que la Iglesia se identificase con un proyecto político concreto. Pero dentro de esa independencia se mostró parcial hacia los pobres. La impresión que da ahora la Iglesia es que por mantener la independencia no se muestra ya parcial a los pobres o no sabe cómo compaginar verdadera independencia y encarnación entre los pobres.

4) En tiempo de Mons. Romero quedó bien claro que el dialogante natural de la Iglesia es el pueblo. No consideró a la Iglesia como poderosa institución que por su estructura y tradición estuviese por encima del pueblo y con un poder político-religioso dentro de la totalidad de la sociedad. Esto no le impidió dialogar con diversas autoridades cuando fuese necesario, pero con la clara conciencia de que no eran ellos sus dialogantes naturales. En ocasiones importantes puso gestos visibles de esa actitud no acudiendo a actos oficiales públicos, mientras que se le veía todos los domingos visitando a los pobres en sus comunidades.

En la actualidad Mons. Rivera ha puesto cuidado en no aparecer públicamente con los poderosos; no así la CEDES y la nunciatura cuyos miembros aparecen frecuentemente con las autoridades del país, políticas y militares, en la Asamblea, en los cuarteles, llegando hasta a bendecir helicópteros. Pero aun en la Arquidiócesis se nota la tendencia a volver a una concepción de Iglesia como sociedad perfecta o sus equivalentes actuales, a actuar desde arriba y en diálogo con los que están arriba y porque están arriba. Eso se hace para beneficio del pueblo, pero éste desaparece como dialogante natural de la Iglesia. Reaparece la tendencia a la verticalidad de las relaciones entre Iglesia y pueblo y la horizontalidad de las relaciones entre Iglesia y Estado y poderes políticos en general.

5) De esa forma se está transformando también la noción del poder de la Iglesia, incluso cuando es para beneficio del pueblo. Mons. Romero defendió al pueblo desde el poder específico de la Iglesia: la palabra de verdad, potenciada por la credibilidad que otorgaba la solidaridad con el pueblo. No rehusó usar de su pres-

tigio y poder institucional para solucionar problemas concretos, casi siempre de los pobres pero también de los ricos, hablando cuando fuese necesario con las autoridades. Pero no vio en ello ni su principal acción en beneficio del pueblo ni el poder específico de la Iglesia.

En la actualidad se tiende a defender al pueblo usando más el poder del diálogo con las autoridades, que el que proporciona la palabra pública de la verdad. Con ello se consigue la solución de algunos problemas, pero se entra en el círculo de las mutuas concesiones. Se va sustituyendo el poder que otorga la verdad, la credibilidad, la solidaridad con el pueblo por el poder que otorga el estar en autoridad. El uso del poder eclesial en beneficio del pueblo se hace más pragmático y menos evangélico, y por ello a la larga menos efectivo.

3. El juicio de la Iglesia sobre la guerra declarada y los dos años de la conducción política demócrata cristiana tiene que ser por definición novedoso. En ese juicio se recogen criterios de Mons. Romero, pero se nota un cambio en el enfoque de ambas realidades.

Después de Mons. Romero ha cambiado notablemente la situación del país en dos puntos importantes: la guerra declarada y dos años de un proyecto político impulsado por la Democracia Cristiana. La Iglesia se ha encontrado con una novedad tal que no puede aplicar mecánicamente los criterios de Mons. Romero a estos puntos. La gravedad de la situación hace además que la Iglesia tenga que concentrarse en un punto: la salida al caos actual de guerra y represión, y dedique menos energías al juicio sobre la justicia de las estructuras, la organización popular y otros temas que abordó frontalmente Mons. Romero. Se nota sin embargo un cierto cambio al enfocar estas realidades.

1) Para Mons. Romero fue claro que la miseria y opresión de las mayorías populares hacía necesaria y justificada una lucha por la liberación. En lo fundamental el pueblo tenía razón y su lucha era esencialmente justa. Por ello defendió y animó a la organización popular, sin identificarse con ninguna de ellas, comprendió la necesidad de medios de lucha, al nivel sindical, social y político. No excluyó por principio que la lucha llegase a ser violenta, aunque buscó siempre que fuese lo más pacífica posible, y criticó siempre la mística de la violencia o el hacer de la violencia

el único y más importante medio de lucha. Cuando estalló ya en su tiempo el conflicto armado buscó por todos los medios una solución racional a través del diálogo y del aunar las fuerzas de una amplia gama de sectores que defendían de alguna forma los intereses populares. No excluyó sin embargo la posibilidad de una insurrección popular legítima si se hubieran agotado todos los medios pacíficos y racionales.

En la actualidad la Iglesia tiene que enfrentarse antes que nada con una guerra declarada y abierta y un altísimo número de víctimas que pueden llegar en total a los 40.000, la inmensa mayoría de los cuales fruto de la violencia política y no de enfrentamientos armados. Es muy comprensible y necesario que el interés de la Iglesia se haya concentrado en la necesidad urgente de detener la guerra. La postura de Mons. Rivera ha sido la de propiciar el diálogo; incluso cuando a última hora se unió a la CEDES apoyando las elecciones, vio en éstas, o deseó, que facilitasen un diálogo posterior. Ni acepta la tesis oficial de terminar la guerra con el aplastamiento militar de la izquierda, ni la tesis de la insurrección popular.

Lo importante para la Iglesia es, por lo tanto, que la guerra termine, en lo cual coincide con numerosos grupos sociales, también de la izquierda, y con la mayoría del pueblo salvadoreño. En esa tarea debe poner todo su peso social e institucional, como lo hubiera hecho Mons. Romero. Lo que diferencia a la Iglesia actual de éste es la ausencia de un juicio global ético sobre los contendientes y sobre las diversas formas de violencia, su jerarquización y su diverso grado de legitimidad o ilegitimidad. Aunque lo fundamental es la salida al conflicto, a la Iglesia le compete orientar también al pueblo sobre la justicia o injusticia de la guerra, sobre dónde hay más o menos justicia, sobre los diversos tipos de violencia y su juicio, según sea originante o de respuesta, destrucción física o de vidas humanas, institucionalizada o coyuntural. Para Mons. Romero fue claro que éticamente más justicia le amparaba al movimiento popular que a su contrario. Este tipo de juicios es el que ha quedado ahora en suspenso, con lo cual se gana pragmáticamente en propiciar una salida, pero se pierde en orientación al pueblo salvadoreño.

2) Para Mons. Romero fue claro que el conflicto sólo terminaría con la implantación de estructuras socio-económicas justas en el país. En esto fue realista, sin esperar que esto pudiera

ocurrir de la noche a la mañana. Por ello exigió y apoyó el comienzo de reformas, aunque éstas sólo fueran en un primer momento reformistas. Pero repitió enérgicamente que paralelamente a las reformas se debería terminar con la represión; de otra forma, ni las reformas tendrían verdadero éxito ni merecerían la pena si conllevaban consigo la represión. Por esa razón y no por ningún prejuicio ideológico condenó la gestión de la segunda Junta de los demócrata-cristianos. No fue impaciente con ellos y les dio tiempo a mostrar con hechos sus buenas intenciones. Pero en último término no pudo aprobar un proyecto político reformista que de hecho y al parecer de derecho exigía la represión.

En la actualidad la Iglesia sigue defendiendo las reformas y condenando la represión; pero no relaciona ambas cosas como fenómenos que van hoy por hoy necesariamente unidos. Por ello las reformas causan más esperanzas y la represión menor condena que en tiempo de Mons. Romero; los males de una se ven más compensados con los bienes de la otra, y en su conjunto el proyecto político es juzgado con mayor benignidad.

La razón para ello creemos que está en que se le concede un gran margen de confianza a la democracia cristiana a pesar de sus realizaciones durante dos años. Por su ideología democrática, anticomunista, reformista en la línea de la doctrina social de la Iglesia se ve en ella un bien, aunque se concedan errores cometidos, y se confía en sus intenciones humanistas aunque en su gestión haya aumentado la represión.

En esto ha cambiado la situación. La Iglesia actual condena 'regionalmente' errores del gobierno, que ha sido y en parte es, demócrata cristiano; en este sentido la Iglesia sigue suponiendo una incomodidad para el gobierno. Pero parece existir una mayor afinidad entre Iglesia y Democracia Cristiana por razones ideológicas. La Iglesia, aunque crítica, es más fácilmente asimilable por la Democracia Cristiana. En tiempo de Mons. Romero las cosas eran diferentes. No juzgó por ideologías previas sino por los hechos. Y por esa razón condenó la gestión demócrata cristiana. La Iglesia de Mons. Romero no pudo ser asimilada por aquel gobierno; más aún, aquella Iglesia ofrecía un serio obstáculo al proyecto demócrata cristiano.

La raíz de este cambio de enfoque se debe buscar en un diferente criterio teológico para juzgar de los diversos proyectos políticos. Mons. Romero juzgó de ellos según sus realizaciones y

no según criterios ideológicos previos. En el normal ambiente eclesial esto supuso que ni descalificaba a la izquierda por ser en parte de orientación marxista ni la Democracia Cristiana gozaba ya de su favor por defender los valores del mundo occidental. En ambos casos su juicio se basaba en los hechos. Desde ellos alabó y criticó lo que encontró de bueno y malo, teniendo ante sus ojos a las mayorías pobres del país. Su crítica a la democracia cristiana no fue a priori, sino en base a realizaciones. Paradójicamente fue Mons. Romero quien más criticó analíticamente a la izquierda; pero no por ser de izquierda, que suele ser el criterio normal eclesial. Les criticó su prepotencia, su desunión, su excesiva politización de todas las esferas de la vida, los intentos de manipulación de la religiosidad popular, algunas acciones terroristas. Y esta crítica eclesial se echa ahora en falta. Pero su juicio fue teológico, no ideológico (cfr. 2.1). Mons. Romero creyó que Dios se hacía presente allá donde había más vida para los pobres, y no aceptó que ninguna configuración social —en concreto, las sociedades occidentales, capitalistas y formalmente democráticas— tuvieran la exclusiva de ser mediadoras de la voluntad de Dios.

En este punto profundamente teológico se nota la diferencia con la actualidad. La CEDES condena a la izquierda y apoya al mundo occidental, por el mero hecho de serlo. Mons. Rivera no comparte esa opinión; ve elementos positivos y negativos en ambas realidades. Pero el mundo occidental y sus valores parecen gozar de antemano del favor de la Iglesia, por ser el lugar natural para la Iglesia. La Democracia Cristiana parece ser la síntesis ideal según la doctrina social de la Iglesia para garantizar los bienes fundamentales del mundo occidental contra los males fundamentales de la izquierda e integrar algunos puntos positivos de ésta. Esta parece ser la postura implícita que ha estado operando en el juicio sobre los proyectos políticos. Por eso la Iglesia ha aparecido con menor libertad que Mons. Romero para juzgar sobre la guerra, la represión y las reformas.

4. La causa histórica más determinante de la evolución de la Iglesia ha sido la desaparición de Mons. Romero. Con ella la Iglesia ha perdido una figura excepcional, pero además se han hecho más eficaces y visibles otras realidades que debilitan a la Iglesia internamente y su externo influjo social: la persecución, las presiones y la desmembración del cuerpo eclesial.

Desde un punto de vista histórico la causa principal de la evolución de la Iglesia es la desaparición de Mons. Romero. No fue él la totalidad de lo que se denomina "La Iglesia de Mons. Romero"; ni siquiera sería explicable su figura si con anterioridad a él y junto a él no hubiese existido ya una Iglesia que había optado por los pobres. El fue el símbolo real en que se hacía presente de forma excepcional lo que era realidad eclesial más amplia que él.

Pero tampoco se puede dudar del excepcional aporte personal de Mons. Romero (Sobriño 1979, 1980a, 1981b; Ellacuría, 1981a; Martín-Baró, 1981) y de potenciar la totalidad de la Iglesia. Una figura excepcional en tal grado no es fácilmente repetible; por eso se podría esperar a priori que con su desaparición la Iglesia salvadoreña comenzaría un proceso de declive sobre todo al nivel institucional. En esto no tiene 'culpa' la actual Iglesia, aunque sufra sus consecuencias; se puede interpretar incluso el asesinato de Mons. Romero como ofrenda de toda Iglesia, que por última fidelidad al pueblo, le da lo mejor que tiene y se empobrece a sí misma.

Pero nada de esto cambia la situación histórica. El asesinato de Mons. Romero representa el culmen de la historia de la Iglesia salvadoreña y el principio de una nueva época. Con él desapareció la máxima expresión de una Iglesia de los pobres, que fue realmente 'voz de los sin voz' y 'defensora del pobre', como antaño fueron los obispos 'protectores del indio'. Con él desapareció, sobre todo, lo que históricamente es muy difícil de conseguir: una institución con espíritu, que pone su gran peso social en favor de los

Pero en su conjunto los pobres no sienten hoy cercana a "la Iglesia" como la sentían con Mons. Romero; no sienten que su pobreza y su sufrimiento sean el claro lugar de encarnación

pobres y que supone una seria amenaza a los poderosos.

Sus asesinos lo comprendieron muy bien y acertaron al asesinarle. Como en tiempo de Jesús echaron cuentas y concluyeron que "conviene que un hombre muera por el pueblo". El revuelo inicial que causaría su asesinato sería recompensado con creces por el paulatino declive de una Iglesia sin Mons. Romero. No podían tolerar que una institución con prestigio y poder social, como la Iglesia, pusiera todo su peso en favor de los intereses de los pobres y en contra de los suyos propios. El asesinato de Mons. Romero fue, por lo tanto, calculado; con él se trataba de paralizar e inutilizar a la Iglesia. Como en tiempo de Jesús calcularon que si no le eliminaban sus propios intereses estaban en peligro, "vendrán los romanos y nos destruirán". Para prevenirlo tenían que acabar con la Iglesia de Mons. Romero y para ello con Mons. Romero.

2) En tiempo de Mons. Romero existió una masiva y cruel persecución a la Iglesia (Sobrino, 1981c; Rechazo a la Iglesia, al Evangelio y a la Verdad, 1981). Pero él la transformó en gracia para la Iglesia y en beneficio para el pueblo. Con la denuncia constante de la persecución y de los perseguidores puso de relieve el pecado de la sociedad salvadoreña y desenmascaró a sus responsables. A través de la persecución animó a los cristianos a ser verdadera Iglesia porque en ello participaban en el destino de Jesús y en el destino del pueblo salvadoreño. Al mantenerse firme en la persecución mostró la solidaridad de la Iglesia con el pueblo y la verdad de su compromiso con los pobres.

De esa forma paradójicamente la persecución dio ánimo y esperanza a los cristianos, hizo crecer a la Iglesia, le otorgó inmensa credibilidad y con ello propició el influjo social de la palabra de la Iglesia. El pueblo sabía de qué parte estaba la Iglesia y sabía que estaba donde tenía que estar. Dio ánimo también a todos los salvadoreños al interpretar el asesinato de unos 2,500 salvadoreños fundamentalmente como martirio —no eran simplemente muertos y mucho menos subversivos—; con ello defendió la justicia fundamental de la causa por la que morían, lo que conlleva consigo su propia esperanza.

Después de su asesinato la persecución a la Iglesia ha seguido, con gran virulencia en 1980 y con menor virulencia desde el asesinato de las cuatro misioneras estadounidenses, o por imposición política de los EEUU o por prudencia

política general o porque cada vez queda menos que perseguir o porque la persecución ya ha logrado muchos de sus objetivos. Sin embargo, el ambiente de persecución se mantiene y se nota sobre todo en las comunidades de base. Lo que ha cambiado es que ahora la persecución muestra mucho más su lado oscuro y negativo, paralizando para la Iglesia, sobre todo a los niveles institucionales, lo que explica en parte la evolución descrita.

Cuantitativamente la Arquidiócesis está siendo desmantelada. Ha disminuido notablemente el número de sacerdotes y religiosas, por asesinatos, expulsiones y salidas del país por amenazas. Muchas parroquias están vacías; en el área rural más del 40% no tienen párroco estable y cada vez es más difícil encontrar sacerdotes que puedan o quieran ir. Hay ahora un 35% menos de sacerdotes y religiosos entre los que se cuentan muchos de gran valía evangélica. Es muy elevado el número de agentes de pastoral laicos, catequistas y delegados de la palabra que han sido asesinados o silenciados. Muchas comunidades de base han sido desmanteladas y otras actúan en mayor o menor grado de clandestinidad. La pastoral en zonas controladas por la guerrilla es muy difícil de organizar y, especialmente en este caso, hay miedo de promoverla y darle una cobertura pública.

Cualitativamente la persecución ha hecho sentir más el miedo que comprensiblemente genera y ha hecho disminuir a nivel masivo —aunque muchos grupos se mantengan con notable heroísmo y eficacia— la calidad de la pastoral. De ahí que institucionalmente impere más la prudencia y moderación que la claridad evangélica; que los medios de comunicación de la Iglesia hayan dado un paso atrás, pues esos medios fueron uno de los más claros objetivos de la persecución; que no se haya practicado una decidida pastoral de recuperación de los sacerdotes ausentes y de conseguir otros nuevos.

La persecución muestra hoy por lo tanto también su lado oscuro. Está poco a poco desmantelando las estructuras internas de la Iglesia y la está paralizando en su proyección evangélica. Aunque mantiene sus frutos positivos en muchos grupos cristianos, es una causa de la evolución de la Iglesia.

3) Mons. Romero estuvo sujeto a fuertes presiones para que cambiara su orientación general en la pastoral de la Iglesia y en su juicio sobre la realidad socio-política. Estas presiones provi-



nieron de los poderosos del país y de la Embajada de los EE.UU, de la CEDES y del Vaticano, a través de la nunciatura o a través de los tres visitadores apostólicos enviados desde Roma en su último año. Las presiones fueron tan fuertes que se llegó a la posibilidad de que sustituyeran a Mons. Romero como Arzobispo o lo inutilizaran nombrándole un administrador apostólico junto a él. Con las presiones se pretendía cambiar su orientación general, pero también cosas concretas que facilitarían aquélla: la orientación de los medios de comunicación social de la Iglesia, el funcionamiento del Socorro Jurídico del Arzobispado, Cáritas, la unidad con la CEDES, los diferentes equipos asesores de que se rodeaba etc.

En la actualidad estas mismas presiones y otras nuevas, provenientes de la Democracia Cristiana, se dejan sentir. El Vaticano presiona para que la Arquidiócesis aparezca, al menos externamente, unida con la CEDES. Así el Administrador Apostólico ha firmado cartas y mensajes pastorales que no siempre ni de forma adecuada reproducen su pensamiento, el cual aparece mejor en sus homilias que difieren del pensamiento de la CEDES. No se ha completado ni renovado la CEDES de modo que la voz de la Arquidiócesis se pudiera dejar oír con más fuerza. La Embajada de los EE UU y las fuerzas políticas en el poder buscan el apoyo de la Arquidiócesis para el reformismo de la Democracia Cristiana.

Si a esto se añade el hecho de que más de dos años después del asesinato de Mons. Romero todavía no se ha nombrado Arzobispo de San Salvador y que Mons. Rivera sigue siendo Administrador Apostólico, se comprenderá que las presiones se hacen sentir en la línea deseada de quienes presionan. Esto explica también en parte la evolución de la Iglesia.

4) En tiempo de Mons. Romero la Iglesia aparecía como un cuerpo eclesial unido, pluralista pero dentro de los límites de una clara opción por los pobres, en el que la diversidad de visiones —más o menos radicales— era una tensión fructífera para que avanzase todo el cuerpo eclesial. Con ello la Iglesia cobraba gran consistencia interna y ello le proporcionaba gran influjo externo por la claridad de orientación única y por el peso social de todo el cuerpo eclesial.

En la actualidad el cuerpo eclesial ha sufrido un poco de desintegración. Con la muerte de Mons. Romero han reaparecido las diversas ten-

dencias de la Iglesia, pero sin capacidad de aglutinarlas y hacer fructífera la diversidad. Los límites del pluralismo se han ensanchado de modo que las opciones claramente derechistas han emergido con más fuerza que antes y los grupos más radicales de izquierda encuentran menos comprensión y cabida, permaneciendo algunos en el cuerpo eclesial y desentendiéndose otros en la práctica. En cualquier caso ha disminuido notablemente el carácter de cuerpo de la Arquidiócesis.

Existen todavía muchos grupos que trabajan en la línea de Mons. Romero y trabajan dentro de la estructura eclesial de la Arquidiócesis: comunidades de base, religiosos y religiosas en pastoral, catequistas y delegados de la palabra, instituciones asistenciales de la Arquidiócesis y de derechos humanos, algunos centros educativos y sus publicaciones etc. Esos grupos pueden seguir trabajando y se les anima genéricamente a ese trabajo. Pero por falta de una pastoral de conjunto, su trabajo no es tan unificado como antes, ni el pueblo —aunque lo agradezca— siente que es el trabajo de la única Iglesia de la Arquidiócesis. Existen buenas palabras plurales de la Iglesia, pero no una sola palabra importante que sea vista como de toda la Iglesia.

A esto ha contribuido también el que desde el 30 de marzo de 1980 —con excepción quizás del funeral de las cuatro misioneras asesinadas— no ha habido actos masivos eclesiales populares que muestren a la Iglesia como un solo cuerpo. Ciertamente es que ni el prolongado estado de sitio ni el temor generalizado favorecen esta clase de actos; pero ha faltado también decisión y creatividad para realizarlos.

Esta merma de cuerpo eclesial es efecto de la evolución de la Iglesia, pero es también dialécticamente una de sus causas. Internamente dificulta mantener la anterior pujanza, el mutuo ánimo y enriquecimiento. Hacia afuera, la palabra, ya debilitada por otras causas, de la Iglesia se debilita aún más por no tener tras sí todo el cuerpo eclesial. A una determinada palabra, incluso si es la palabra oficial del Administrador Apostólico, se le pueden oponer ahora otras palabras que se pronuncian en la Iglesia.

5. Dentro de su evolución existe una buena parte de la Iglesia que sigue fiel a la línea de Mons. Romero aun en circunstancias distintas. Aunque no de forma tan visible como antes, esa parte es la levadura para la totali-

dad de la Iglesia y sigue ejerciendo un influjo social.

Con el asesinato de Mons. Romero no ha desaparecido su Iglesia. Esta se mantiene sobre todo en su base histórica y teológica: en los pobres y en quienes hoy sufren espantosamente. Estos siguen animando a otros cristianos a mantener la opción por los pobres. Esa es la Iglesia que en su conjunto es pueblo de Dios, que actúa ahora con menos visibilidad pero no con menor realidad.

1) Esa Iglesia se sigue manteniendo en algunas estructuras institucionales, sobre todo en las que se dedican a la asistencia humanitaria a miles de salvadoreños refugiados, y desplazados o llevan ayuda a sus propios lugares. Se mantiene en la vicaría de pastoral con sus esfuerzos para reunir a las comunidades de base dispersas y atomizadas, para organizarlas, y formar sus líderes. Se mantiene en las publicaciones pastorales del Arzobispado, que constantemente siguen editando las homilias de Mons. Romero y otros materiales pastorales. Se mantiene, aunque con tensiones, en la asistencia legal del Arzobispado a presos y a familiares de los desaparecidos. Se mantiene por último en algunas declaraciones oficiales de la Arquidiócesis, como en el comunicado sobre el asesinato de las cuatro misioneras norteamericanas y en algunas homilias de Mons. Rivera. Aunque no con tanto esplendor como antes, en estas actuaciones se refleja la línea de Mons. Romero.

Existen diversos grupos que siguen la línea de Mons. Romero a veces con admirable entrega y heroísmo. Están las religiosas en pastoral, cercanas al pueblo donde mayor es su sufrimiento; los sacerdotes y religiosos que trabajan en las comunidades de base en los suburbios de la capital, en los pueblos; un reducido grupo de sacerdotes y religiosas que trabajan pastoralmente en las zonas controladas por la guerrilla animando la fe de esos cristianos, buscando creativamente nuevas formas de pastoral y de liturgia. Están también los esfuerzos de instituciones educativas, de la CONFRES, de instituciones que velan por los derechos humanos. Con menos recursos y más dificultades que antes todos estos grupos mantienen la opción por los pobres.

Existen las comunidades de base que se han reagrupado después de que la persecución ha intentado dismantelarlas. Están en los barrios pobres, en zonas de conflicto, en refugios y hasta en las cárceles. Esas comunidades mantienen su fe con esperanza y con talante martirial, se organizan pastoral y litúrgicamente, aguantan todo por la liberación, buscan la justicia y la paz, y esperan la reconciliación.

En esas comunidades de pobres está la continuación más legítima de la Iglesia de Mons. Romero. Ellas son las que lo recuerdan con mayor necesidad y lo siguen con más fidelidad. No se puede ahora describir largamente los innumerables testimonios de fe y compromiso, de solidaridad desde la pobreza, de perdón hacia quienes asesinan a sus familiares, de esperanza en el

Por mucho que el Arzobispo de San Salvador, Mons. Oscar Arnulfo Romero, trató de disuadir a las fuerzas opositoras de extrema derecha y extrema izquierda en el sentido de esperar los acontecimientos, de dar tiempo al gobierno a encarar la situación de violencia institucional y de violencia gubernamental, privó el ánimo exaltado de los unos y los recelos institucionales de los otros.

En la actualidad Mons. Rivera ha puesto cuidado en no aparecer públicamente con los poderosos no así la CEDES y la nunciatura cuyos miembros aparecen frecuentemente con las autoridades del país, políticas y militares, en la Asamblea, en los cuarteles, llegando hasta a bendecir helicópteros.

sufrimiento. (cfr. Cartas a las Iglesias). La fe de esos pobres es sin duda la reserva de la Iglesia, la levadura que la sigue fermentando y dando ánimos a otros a ser fieles al compromiso, la que sigue desencadenando solidaridad cuando su fe y su miseria son conocidas por quienes llegan al país, como Evangelio para otros, (Sobrino, 1982). Estos pobres son hoy los "micrófonos de Dios" como decía Mons. Romero (8.7.1979) y el verdadero cuerpo de Cristo en la historia, aunque su voz no tenga ahora un tan grande resonador y su cruz sea más anónima que esplendorosa.

2) En el trabajo de y con las comunidades de base se ha dado una evolución legítima historizando la línea de Mons. Romero, sobre todo en dos puntos de su Cuarta Carta Pastoral. El primero es la necesidad de acompañamiento en la nueva situación política y de guerra, que ocasiona mayores sufrimientos y mayor necesidad de orientación y atención. Aunque el grupo sea reducido existen sacerdotes, religiosas y catequistas que afrontan directamente estos problemas y tratan de darles solución cristiana, en las zonas de guerra abierta y en las zonas más conflictivas de las ciudades. Es ésta una historización legítima y necesaria de la línea de Mons. Romero.

El segundo es mantener la identidad cristiana y eclesial con relación al movimiento popular y, por supuesto, con relación a los proyectos políticos oficiales. Se nota un crecimiento de autonomía eclesial en los cristianos que están en o simpatizan con el movimiento popular dentro del país. Esta mayor autonomía les permite colaborar con mayor criticidad y por ello enriquecer el movimiento popular con valores explícitamente cristianos; les permite responder con más honestidad a los problemas que surgen de la realidad, que son políticos y militares, pero también sociales y familiares; les permite fomentar y generar valores no solamente ideológicos, sino profundamente humanos, como no confundir la verdad con la propaganda, la autoridad con la hegemonía, el servicio con el poder, la disciplina con la sumisión, y positivamente fomentar caminos de paz, reconciliación e incluso de perdón.

Esta identidad cristiana ha llevado a ser más conscientes de que toca a las comunidades cristianas no sólo reconocer la justicia de la lucha por la liberación, sino la necesidad de imbuirla de espíritu cristiano, con lo cual se humaniza mejor la necesaria lucha y se prepara mejor un futuro de justicia para todos.

En tiempo de Mons. Romero existió una masiva y cruel persecución a la Iglesia pero él la transformó en gracia para la Iglesia y en beneficio para el pueblo. Con la denuncia constante de la persecución y de los perseguidores puso de relieve el pecado de la sociedad salvadoreña y desenmascaró a sus responsables.

En este sentido el trabajo de las comunidades cristianas tiene un importante influjo social, aunque reducido cuantitativamente. Proponen en pequeños modelos los valores populares que hay que fomentar y recuerdan que, aun en medio de la lucha armada, no se debe olvidar el trabajo social y directo con las masas que tienen sus propias necesidades a las que hay que atender (Campos, 1978, Ellacuría, 1981b).

6. El futuro de la Iglesia salvadoreña depende de su fidelidad a la Iglesia de Mons. Romero, para lo cual cuenta con recursos. Historizando aquélla con creatividad seguirá estando con los pobres y prestando un gran servicio al país.

1) Teniendo en cuenta los problemas y los logros de la Iglesia salvadoreña, en la actualidad su problema fundamental consiste en la fidelidad a la Iglesia de Mons. Romero. Desde ella puede también historizar adecuadamente lo que debe ser y lo que debe hacer.

La Iglesia actual debe medirse por la Iglesia de Mons. Romero, no sólo porque la precedió —lo cual significaría hacer de ella una referencia cronológica— sino porque fue la máxima realización de una Iglesia evangélica —referencia normativa—. La Iglesia de Mons. Romero fue un momento denso en que se hizo visible el evangelio de Jesús, la verdad del Vaticano II, Medellín y Puebla. en hechos y palabras, no sólo en intenciones y doctrina, apareció la verdadera Iglesia, porque se mostró ella misma como Evangelio, como buena noticia a los pobres.

Pero además, la Iglesia de Mons. Romero apareció como gesto y hazaña en la historia del país. Objetivamente alcanzó un alto grado de brillantez, heroísmo e identidad salvadoreña. Subjetivamente esa Iglesia ha permanecido en la conciencia del pueblo como ideal de lo que debe ser la Iglesia salvadoreña; se ha convertido en polo referencial para el pueblo, y por eso la echan activamente en falta cuando no la encuentran; se ha convertido en tradición del país, aquello que se debe transmitir de generación en generación como uno de los momentos cumbres de la historia del pueblo.

El problema más grave que tiene la actual Iglesia es el de ser fiel a su propia herencia. Existen los que reconocen en la Iglesia de Mons. Romero un momento privilegiado que debe seguir presente, aun con nuevas historizaciones, pero

asegurando que siga presente. Existen los que la rechazan abiertamente. Existen los que la consideran como buena, pero ya pasada, los que invocan a Mons. Romero pero no actúan como él, los que a base de prudencia lo están enterrando poco a poco.

Nada de esto debiera extrañar. El evangelio de Jesús fue la gran noticia, proseguida por los primeros cristianos, combatida por otros y sustituida por cristianos que querían un Cristo sin Jesús. La tarea que se le presenta a la Iglesia es la de pro-seguir realmente a Mons. Romero, teniendo realistamente en cuenta las posibilidades y limitaciones descritas y las circunstancias cambiantes del país.

2) Al interior de la Iglesia se debe volver radicalmente al pueblo de Dios, pueblo de pobres y oprimidos; hoy en día, pueblo de torturados, desaparecidos y asesinados. Ese sigue siendo el principio vivificador de la Iglesia, la fórmula para conseguir lo de difícil consecución: una Iglesia toda ella llena del espíritu de Jesús, una institución con espíritu. Se debe trabajar por aglutinar y potenciar la totalidad del cuerpo eclesial alrededor de los pobres, desarrollar una pastoral unificada en que participen todos los grupos eclesiales que han optado por los pobres y que atienda a las nuevas necesidades pastorales entre los que más sufren: refugios, zonas periféricas de las ciudades, zonas de guerra abierta.

Al exterior la Iglesia debe poner todo su peso institucional para conseguir la humanización del conflicto, el fin de la guerra y de la represión, la reestructuración justa del país y la reconciliación entre los salvadoreños. Se debe proseguir la línea institucional que favorece el diálogo y se debe fomentar más el trabajo pastoral directo que se dirige a las necesidades reales del pueblo. Se debe también seguir fomentando la solidaridad internacional en beneficio de los pobres, pero teniendo en cuenta la contrapartida de la Iglesia local: la fortaleza en la fe que deben aportar a quienes ayudan desde lejos.

3) En último término la Iglesia debe seguir buscando su fundamento para ser y hacer en aquello que siempre ha sido el verdadero fundamento: la cruz de Jesús y la cruz de los salvadoreños. La Iglesia no tiene que desear la persecución, como no debe desear la represión al pueblo. Pero si éstas se dan allí tiene que estar, y ésa es la pregunta que se dirige a la Iglesia: "¿estaban ustedes allí cuando crucificaron al Señor?"

Una Iglesia que está junto a la cruz posee

una fe de mártires que no es fácilmente desbaratable. Ahora que tanto se menciona el peligro de las sectas y el peligro de la indoctrinación marxista, la Iglesia debe estar clara sobre lo que garantiza su futuro, como Iglesia y como fuerza social. Esto no es en último término ni el favor de los poderosos ni el mundo occidental, sino saber estar entre los crucificados de la historia. Desde

ella surge siempre de nuevo la fe, la esperanza y la práctica de la caridad. Este es el legado de Mons. Romero. Desde ahí habrá que seguir midiendo y evaluando la evolución de la Iglesia salvadoreña.

25 de junio

